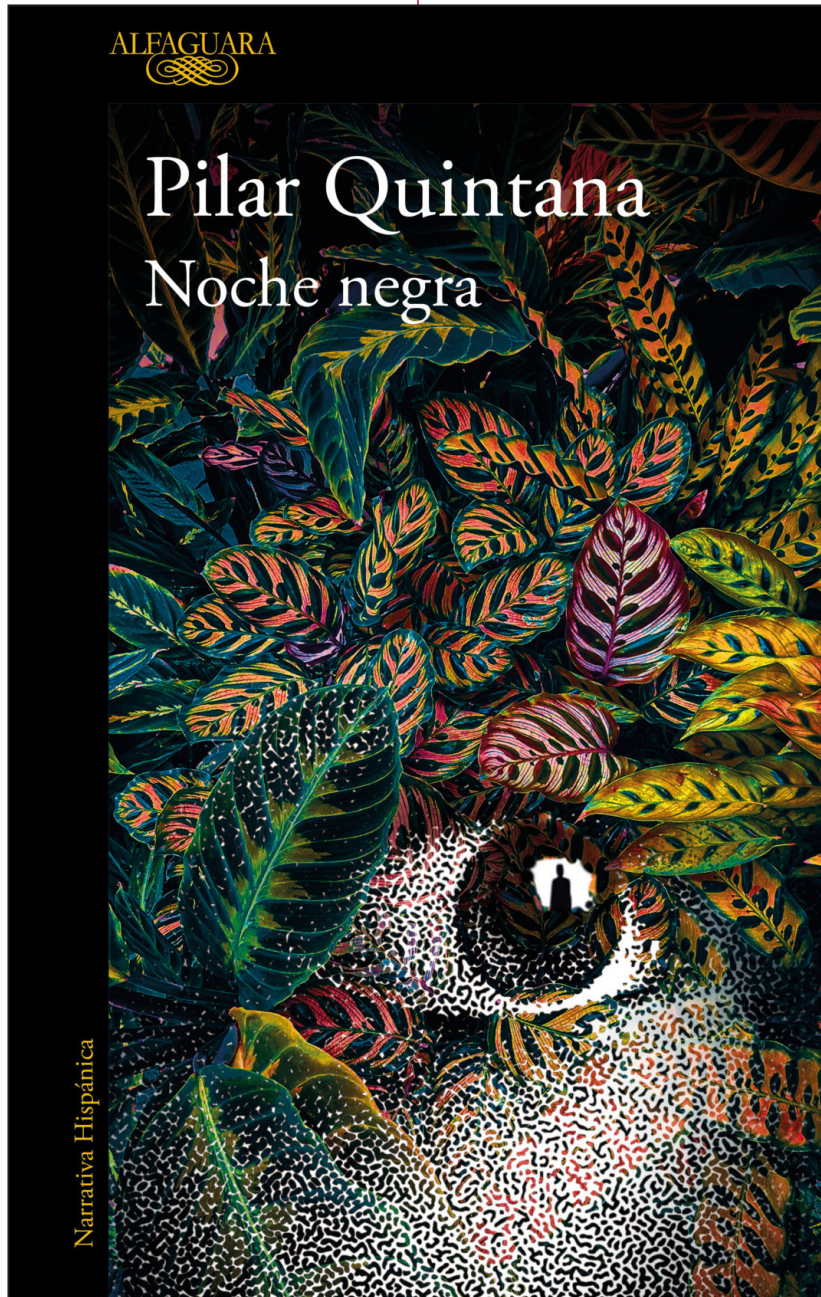




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Rosa ha dejado atrás su vida en Cali para irse con su novio irlandés, Gene, a orillas del Pacífico colombiano, en medio de una naturaleza por igual fascinante y aterradora. En lo alto de un acantilado, donde alguna vez se proyectó un emprendimiento turístico que no llegó a prosperar, ambos construyen una cabaña que aún está por terminar cuando él debe partir para tramitar su visa de residencia y ella se queda sola. Es la primera vez que se separan y el domingo, antes de embarcarse, Gene promete llamar a la tienda del pueblo al pie del acantilado para avisar, a más tardar el miércoles, si todo ha ido bien. A medida que el barco se aleja, a Rosa, sin embargo, la asalta una sospecha imprecisa y le sobreviene un pinchazo de dolor.

De regreso en la cabaña, se encuentra con un mundo que, de pronto, luce más amenazante. La selva la rodea, densa y estridente; las alimañas acechan; su casa sin puertas es un refugio en el que, quien quisiera, podría colarse fácilmente; y don Israel, hombre de confianza, le advierte que en tres días habrá luna nueva y, en la noche más negra, ni siquiera logrará distinguir los árboles cercanos. Él ha venido a hacerle un poco de compañía durante la tarde de domingo, y no es el único que se acerca hasta la cabaña: otros dos vecinos, una vez que saben que está sola, se convierten en seres impredecibles que hacen comentarios incómodos y, al igual que el aserrador del pueblo, merodean por esa parcela de tierra a la que ella se aferra con tesón. A diario, Rosa continúa adelante

con sus rutinas, queriendo no sentirse amedrentada por la naturaleza y por los hombres, pero reconociéndose cada vez más inquieta, al borde mismo del pánico y la irracionalidad. Diría, incluso, que en la selva hay ojos que la observan, como si alguna criatura, o el monte mismo, estuviera esperando el momento oportuno para atacar, mientras ella, machete en mano, intenta sobreponerse al miedo y, sin noticias de Gene, se enfrenta a las dudas sobre su relación y sobre la deci-

sión de dejarlo todo para internarse en un territorio inhóspito.

A la par que los días se suceden, seguidos de noches más y más cerradas, los temores crecen, la angustia arraiga y, a través de los recuerdos y las visiones de Rosa, se va tramando la historia de su pasado. Una historia hecha de traumas y abandono, de donde salen los hilos que explican un presente intimidante y la lucha de una mujer que, en una cabaña aislada, intenta acallar el miedo, la locura y el dolor.

CLAVES DE LA NOVELA

Con la aparición, a comienzos de los años dos mil, de sus primeras novelas y cuentos, Pilar Quintana fue encontrando un lugar propio dentro del panorama literario colombiano, llegando a ser incluida por el Hay Festival en la lista de los 39 mejores escritores latinoamericanos menores de cuarenta años. Una década después, en 2017, su novela *La perra* obtuvo el Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana, fue finalista del National Book Awards y, traducida a más de una decena de idiomas, supuso la proyección internacional de Quintana. Tras este importante hito en su trayectoria, la publicación de *Los abismos*, Premio Alfaguara 2021, la terminó de consagrar como una voz fundamental a la hora de hablar de la literatura contemporánea hispanoamericana. De la

selva a la ciudad, y de una intimidad inquietante a un mundo surcado por la desigualdad y la violencia, sus ficciones han indagado en la maternidad, el deseo, el desamparo y el miedo que se abre paso a través de la vulnerabilidad, la brutalidad y una naturaleza que es edén, belleza, y, al mismo tiempo, un organismo aterrador. A esa naturaleza, a la selva tupida que se extiende hasta las orillas del Pacífico colombiano, Pilar Quintana regresa en *Noche negra*, una novela en la que retoma algunos de los hilos que vertebran su literatura, a la par que se adentra, desde la perspectiva de una mujer que escoge vivir en un paraje inhóspito, en una realidad donde temor y dolor convergen y se esparcen «como una mancha de tinta en una hoja de papel antes pulcra».

Una parcela de tierra ganada al monte, a la que se accede desde un poblado tras cruzar un estero y subir por una larga escalera carcomida por la vegetación, es el escenario principal de una novela que, aunque está salpicada de referencias —películas, canciones, atuendos y conflictos sociales—, transcurre en un tiempo vagamente reconocible: una dimensión temporal que, aunque enlaza con la realidad, se sostiene por su propio peso, o mejor, su densa consistencia. Para Rosa, la cabaña en lo alto del acantilado alguna vez fue un sueño: la utopía de una vida simple o la promesa, quizá, de un retorno a lo primitivo. Cuando el antiguo propietario acepta vender el terreno por la modesta suma que ella y Gene le ofrecen, el sueño se vuelve accesible pero a Rosa la invade una sensación de irrealidad. Esa es la primera punzada y, a partir de entonces, mientras la ciudad en la que había armado una vida se desdibuja, los contornos de lo real se van mostrando cada vez más frágiles, permeables a las fantasías, los recuerdos y las visiones pesadillescas que proliferan en la selva cuando la soledad se impone. A medida que ella pasa del recelo a la inquietud, y de allí al miedo desbocado, realidad e imaginación empiezan a confundirse y Rosa tiene la impresión de que aquel rincón perdido, de golpe, ha sido tomado por «fuerzas ocultas». No hay, sin embargo, nada del orden de lo sobrenatural en una novela que tiene una vertiente psicológica, a la vez que entronca con el gótico tropical a través de motivos como una casa aislada, el desamparo de la protagonista, la atmósfera asfixiante y la presencia de lo monstruoso: una figura

que, alejada de lo fantástico, está representada por la naturaleza indómita, con sus alimañas, sus vendavales y secretos; y la amenazante compañía de los hombres. Entre el temor fundado y el pensamiento paranoico, el miedo, a su vez, socava los cimientos de la razón, jugándole a Rosa algunas trampas mentales, mientras se pregunta si, como le sucedió a su abuela y a su madre, ha llegado la hora de que la demencia se apodere de ella. Hábil narradora, Pilar Quintana acerca al lector al punto de vista de la protagonista, dejándolo a suficiente distancia para que se convierta en testigo privilegiado de su espiral de desesperación, y del sutil desajuste que surge entre la realidad y las proyecciones de un miedo que ancla en un entorno hostil y, al igual que ocurre en la narrativa gótica, se alimenta de las pulsiones y los fantasmas más íntimos. No es un detalle casual, por supuesto, que en la cabaña, entre manuales de construcción y de cultivo de frutales, y un viejo ejemplar de *Nassau Senior and Classical Economics*, las únicas piezas de ficción que acompañan a Rosa sean *La caída de la casa Usher* y *La Abadía de Northanger*.

En la noche más oscura, Rosa se reconoce como un ser insignificante en medio de una selva arcaica, y lo que le queda es su soledad verdadera: «ella con el boquete de su dolor inmenso». Con pulso tenso, *Noche negra* indaga en esa soledad y explora los mecanismos del miedo, yendo, a su vez, a aquello que está en su raíz, del temor atávico al desamparo y la violencia. Una violencia que se manifiesta en las miradas, los gestos o las frases que deslizan, a la ma-

nera de bromas, los vecinos de Rosa, un puñado de hombres con opacas intenciones. Ellos no son las únicas figuras amenazantes en un hábitat donde, de un modo u otro, todos los seres están inmersos en una lucha por colonizar espacios y cuerpos. Ajena a la idealización de la naturaleza, la novela recrea un universo maravilloso y, a la par, terrible en el que toda clase de animales y plantas parecen vivir al acecho. Intentando despejar el monte y abrir un mirador sobre el mar, Rosa entabla una batalla con la vegetación: entre el ruido ensordecedor del lugar y las astillas que se le clavan en las manos, o los esquejes que se adhieren a su piel, siente entonces que la selva trata de detener su avance, protegiendo su secreto. Ella y Gene vienen de fuera a habitar un espacio extraño, encarnando, con inocencia, el papel de colonos; un papel que asumen también las termitas que, voraces, se cuelan en las vigas de su cabaña, los diminutos insectos que anidan en los pliegues de su dermis, las alimañas que intentan entrar en el gallinero, los hombres que, viendo a Rosa sola, invaden su intimidad, o el Estado, que se adentra en los territorios donde viven los nativos. La distinción entre víctimas y agresores no siempre es evidente en un mundo complejo, lleno de claroscuros, en el que ejercer la violencia está al alcance de cualquiera y lo que se trama es una intrincada cadena de poder. Tras matar una tarántula que se mete en su habitación, Rosa se siente, de repente, «poderosa y violenta», aunque sus ataques, reconoce, solo pueden estar dirigidos contra los que son más débiles que ella: una imagen recurren-

te a lo largo de una obra que va a los orígenes de la violencia y como ésta se reproduce.

De la despedida de Gene en el muelle del pueblo a la llegada de la luna nueva, la tensión y el suspense, en *Noche negra*, van en aumento. En los cuatro días que transcurre la acción, sin embargo, sucede poco: las rutinas domésticas que se repiten, cada vez más nerviosas; las visitas de los vecinos; las rápidas incursiones hasta un manantial; la oscuridad creciente; y la tensa espera de un llamado, mientras río arriba, como trasfondo de esa cotidianidad, un puesto de policía arde, se habla de enmontados y los militares se despliegan por la región. Desde esta temporalidad acotada, y un paraje claustrofóbico, la novela se abre hacia otros planos narrativos por la vía de los recuerdos y las visiones que asaltan a Rosa. Presente y pasado se entrelazan en un relato zigzagueante donde se dejan caer fragmentos de una memoria de infancia y juventud que contiene muchas claves acerca de las elecciones tomadas y el compromiso con una exigente forma de vida que conduce a la protagonista al centro mismo de su dolor. Según pasan las jornadas, se reconstruye, poco a poco, una historia que abarca desde los prejuicios racistas que moldean la mirada de una niña criada por su abuela y una madre soltera, hasta el fantasma de la demencia y la desmemoria que circula en la familia, pasando por la ausencia parcial de una figura paterna, la bastardía y una historia de amor asimétrica que, en tiempo de guerrillas y lucha revolucionaria, desemboca en pérdida. Es ahí, en las heridas que Rosa arrastra de

Cali a la selva, donde crece no solo el miedo, sino también las sospechas respecto a Gene y una relación con suficientes grietas para que se filtren los celos, la desconfianza, las dudas y el viejo y familiar temor al abandono.

Escribir, dice Pilar Quintana en un texto publicado por la revista *Dossier*, es una manera de entender el mundo: una forma de explicarse, por ejemplo, qué es la selva, un medio en el cual vivió durante nueve años. Esa experiencia

personal se entrevera en su literatura y puede que de allí surjan algunas de las vívidas imágenes de una novela que, con una prosa sobria, rotunda, y de extraordinaria precisión, evoca los colores, los sonidos y la textura de una naturaleza exuberante, a la vez que adquiere un potente simbolismo y encuentra en la selva y la noche cerrada una estremecedora expresión de la brutalidad, el dolor y el desamparo que pueden anidar en el corazón humano.

LOS PERSONAJES

ROSA

Cada vez que Rosa sube por el acantilado hasta su terreno, se maravilla ante al panorama de lo que posee: una parcela de tierra entre la selva y el mar que, durante mucho tiempo, fue apenas una fantasía. Después de años trabajando en una agencia de publicidad de la que es socia, empieza a acariciar la idea de renunciar al bienestar pequeñoburgués y escapar lejos de la ciudad para llevar una vida sencilla en la naturaleza. Este proyecto se materializa cuando conoce a Gene, un trotamundos que parece compartir su sueño y no tiene dinero, pero sí experiencia en la construcción. Ambos se complementan y se necesitan mutuamente para llevar a cabo un cambio de vida que, en el caso de Rosa, supone dejar atrás un trabajo que la hace infeliz, fines de semana bebiendo hasta la inconsciencia y un dolor que, quizá, podría desvanecerse en ese paraje aislado. Lo que ignora es que, cuando le sugiere a Gene que viaje sin ella para tramitar su visa, la soledad de la selva la puede llevar al miedo. Un miedo capaz de reabrir viejas heridas que conducen a las memorias de infancia, junto a su abuela y su madre; al fantasma de la demencia que corre por las venas de estas mujeres; al estigma de ser una hija ilegítima; y a su amor por Fermín, un compañero de la universidad que, enrolado en una organización revolucionaria, desaparece de su vida dejando muchos interrogantes abiertos que enlazan con la decisión de aferrarse a un sueño que deviene, poco a poco, pesadilla.

«Escampó la víspera del viaje antes de que amaneciera. A Rosa la despertó el silencio, extraño y frígido. Salió a mirar qué pasaba. Nunca había visto una madrugada tan negra y quieta, con la selva, las islas y el mar casi confundidos con la oscuridad. El mundo le pareció aterrador, como tomado por fuerzas ocultas.

Regresó al altillo y despertó a Gene para decirle que no se quería quedar sola. Él no respondió nada y ella pensó que se había vuelto a dormir. Gene, lo llamó. ¿Qué? La casa no tiene puertas. Yo sé, le dijo con ternura, el problema es que nosotros no conseguimos alguien para cuidar la casa». (p. 18)

GENE

Tras tres años viajando por el mundo, este irlandés se instala una temporada en Cali, donde se gana la vida dando clases de inglés. A Rosa la conoce en una cena y, a partir de esa noche, no se separan hasta el día en que, instalados en la selva, él debe ir hasta un consulado para tramitar su visa de residencia. Gene llega a la relación solo con un morral en el que caben todas sus pertenencias. Ella, en cambio, tiene la suma de dinero que necesitan para hacer realidad un sueño en común: construir una cabaña sencilla en medio de la naturaleza. Una vez que están instalados en la casa del acantilado, los celos empiezan a abrirse paso, de manera casi imperceptible, cuando él conoce en el pueblo a una turista norteamericana y se queda horas charlando con ella. Este episodio pone en marcha las sospechas de Rosa que, al quedarse sola, tiene visiones que socavan su confianza en Gene y alimentan su temor al abandono.

«Come con la cuchara directamente, sin servirse, y mientras mastica busca en su memoria de los días previos señales del cansancio de Gene. Lo que encuentra es otra cosa: su actitud en la cubierta del barco. Estaba por completo ajeno a ella y a la tristeza, entregado al viento y al mar, a la maravilla de su renovada libertad.

Y ella aquí sola, comiendo arroz frío y rodeada de vecinos horribles que le miran el culo y le hacen insinuaciones.

Para ella no hay más que pérdidas. Ya no tiene la vida que le daba el sustento, y sin Gene no sería fácil continuar en la que inventaron juntos.

¿Él era capaz de abandonarla de esta manera?» (p. 60)

DON ISRAEL

El cuidador de una de las propiedades que lindan con el terreno de Rosa es un hombre mayor que conoce bien las reglas de la selva y sabe desenvolverse en un

hábitat a menudo hostil. Con el machete siempre a mano, le enseña a Rosa, que lo ignora casi todo acerca de la naturaleza, los nombres de los árboles y cómo mantener a salvo a sus gallinas, defenderse de las alimañas y prepararse para la noche más negra. En él, tanto ella como Gene confían, pero esa confianza se va resquebrajando cuando, con el transcurso de los días, don Israel asume un papel ambiguo, mostrando su complicidad con el resto de vecinos.

«—¿Va a estar más oscuro que anoche?

—Anoche había luz. Si le digo que es la más negra es porque no se ven las islas ni el mar ni nada.

—Por Dios.

—La luna sale la noche después, solo que chiquitica, y sigue estando negro.

—Yo pensaba que salía en la luna nueva.

—Usted no va a ser capaz de ver esos árboles —don Israel señala con el machete los más próximos, un carbonero el triple de grande de los que se dan en la ciudad y otro aun mayor, del que don Israel les dijo que se llama caimitillo y da unos frutos amarillos pegajosos que son comida de ardillas y otros animales del monte.

—El miércoles —repite ella.

Sola en la noche negra.

—Sí, pero no tenga cuidado, que la gente le tiene miedo a la oscurana y nadie va a subir por acá.

—Eso no me consuela.

Don Israel se ríe:

—Si pudiera la acompañaba.

Lo dice por cortesía. Su señora se fue a visitar a los hijos que viven en el puerto, así que no es por no dejarla sola que no puede venir». (pp. 35-36)

EL INGENIERO

Entre los vecinos de Rosa y Gene está el ingeniero, un hombre joven que compra una propiedad en el acantilado gracias a una herencia y, con ayuda de don Israel construye una choza a prueba de lluvias y vendavales. Las razones que lo han llevado hasta allí son, en parte, un misterio que podría involucrar a una novia con ganas de casarse, un cuñado mafioso e, intuye Rosa, un embarazo no deseado. Mientras Gene está, el ingeniero se comporta como un vecino cordial y respetuoso, pero una vez que Rosa se queda sola, empieza a merodear por la cabaña a todas horas, haciendo bromas o mostrándose intimidantemente paternalista.

«—¿No se va a sentar? —insiste.
Ella lo mira con cara de piedra:
—No.
—A la Rosita sí le pasa algo.
La Rosita, como la llamaba el doctor.
—Estoy cansada.
—No, usted, desde el otro día, tiene un pendiente conmigo.
El ingeniero amaga pararse y ella da dos pasos atrás.
—Uy —se sienta—. ¿Me tiene miedo?
—Me quiero entrar.
—Cómo me va a tener miedo, Rosita, yo soy amigo de esta casa. Con todo lo que me han dado, las comidas que compartimos, los traguitos, las charlas con su marido...
—Usted me hizo un comentario de mal gusto.
—¿Yo? —finge inocencia.
—Tranquila, Rosita, que nosotros venimos y la consolamos». (p. 174)

RODRIGO

Rodrigo llega a este paraje en la costa del Pacífico para construir una cabaña para sus dos hermanas, propietarias de uno de los terrenos colindantes con la parcela de Rosa y Gene. Pero las semanas pasan y Rodrigo no hace otra cosa que estar recostado en una hamaca en la propiedad que cuida don Israel o ir a visitar a Rosa en compañía del ingeniero. Como él mismo dice, es el hermano calavera que, tras pasar por la rehabilitación de drogas y alcohol, ha sido enviado al exilio por su familia.

«Rodrigo viene por el camino de más allá de las escaleras con el ingeniero. Está en bermudas, descalzo, con el pecho desnudo y la camiseta en la mano, batiéndola para ahuyentar a los mosquitos. El ingeniero es más formal y lleva gorra, camisa, pantalón y botas de trabajo, aunque todo carcomido.

—¿Cómo le va, Rosita? —saluda este último.
Rodrigo la mira de los pies a la cabeza:
—¿Me la dejaron solita?
Tiene la nariz aplastada, el pelo cortado al ras y pura cara y actitud de malo.
—Ni tan solita —responde ella.
—Uyyy —el ingeniero celebra la audacia y todos ríen—. ¿Cuándo vuelve el gringo?» (p. 37)

NATO

Nato es el aserrador de la localidad, un pueblo de pescadores afrocolombianos. Hombre fuerte y de pocas palabras, les proporciona a Rosa y Gene el material para construir la cabaña. Ella percibe, en más de una ocasión, como Nato la mira mientras los tres trabajan, y es por eso que, ni bien Gene se marcha, se siente amenazada cuando el aserrador se presenta en la propiedad sin motivo. Puede, sin embargo, que los prejuicios racistas inculcados por su abuela, un legado del cual Rosa ha querido desprenderse, alimenten su miedo.

«Rosa se quita el mantón flamenco para escurrirlo. Esta retorciéndolo cuando advierte que Nato la sigue mirando. No se ha alejado de la canoa y todavía tiene la motosierra en el hombro.

El día que les trajo la madera, al terminar la jornada, ella les ofreció agua de una botella que mantuvo fresca en la quebrada. Nato se bebió cuatro vasos de sopetón. ¿Y un cafecito?, le preguntó. Bueno, doña, gracias.

Ahora comprende que si se portaba serio y respetuoso era por su marido. Seguro desde la canoa vio que Gene se fue en el barco y cree que puede tratarla como le venga en gana. Rosa quisiera mostrarle el dedo en un gesto obsceno».
(p. 27)

EXTRACTOS POR TEMAS

UNA CABAÑA EN LA SELVA

«La cuesta es empinada y la gente llega arriba sin aliento. La recompensa son las vistas que se extienden sin obstáculos hacia todos los puntos cardinales.

Por un lado, el océano sin fin.

Por el otro, la bahía.

En medio, el canal, las islas, el mar por donde se fue Gene en el barco, que es un puntico luminoso, puede verlo, un destello en la distancia, y más allá, a lo lejos, la cordillera detrás de la cual está Cali, su ciudad, que ha comenzado a parecerle un país lejano.

Y en todas partes, alrededor, la selva lujuriente». (p. 29)

«Mientras lo pensaba, ellos regresaron en el barco para conocer el terreno de verdad y andar por él. Fue en la época de la sequía en la que Gene, traumatizado por los incendios de Australia, dudó de que fuera la elección correcta hasta que

la visión de la quebrada, con el agua corriendo como en el jardín del edén, lo convenció.

Regresaron a la ciudad, locos y perdidos, con la idea de subir su oferta, así les tocara pedir un préstamo y esperar hasta el cierre contable del año, cuando Rosa recibiría los dividendos de la agencia. No llegaron a hacerlo, pues el dueño los sorprendió aceptando la cifra original. Esa fue la primera vez que ella tuvo la sensación de irrealidad». (p. 103)

UN SUEÑO COMPARTIDO

«Por supuesto debían cuidarla. Fue ella quien dio la voz de alarma y sembró la idea del viaje en solitario. Pero no deja de sentir que para él representó una liberación —arrancarse del chicle que son ellos dos, de la agobiante melcocha— mientras que a ella algo se le rompió por dentro.

Su seguridad es el punto herido. Ahora lo sabe y por el agujero abierto se le irriga, líquida y ponzoñosa, la negra idea de que ella ha comenzado a molestarle a su marido». (p. 21)

«A Rosa y su marido los unió un bonito sueño común, pero ella no se engaña. Tiene la edad suficiente para saber que si no contara con los medios, de pronto él no se habría interesado en ella, así como ella no se habría interesado en él si no tuviera las habilidades de construcción. Fue un golpe de suerte que dos como ellos, con ganas y fuerzas complementarias, se encontraran en el ancho mundo». (p. 57)

«Es un nuevo acuerdo que podrá discutir con Gene, como siempre han discutido todo, para arreglar lo que a ella se le rompió por dentro con su partida.

Suspira. Quisiera sonreír y sentirse satisfecha. En cambio, se ensombrece.

Ella estaba contenta con su relación cerrada. Si contempla abrirla a lo mejor es solo porque no tiene más alternativa que aceptar lo que venga, lo que sea que su marido proponga o quiera, a riesgo de quedarse sola en una selva donde está visto que no es sencillo sobrevivir sin él.

Tal vez esta sea la causa de la inquietud: la certeza de que la naturaleza de su relación con Gene está cambiando». (p. 194)

UN MUNDO AMENAZANTE

«En el altillo se siente segura. Es como estar dentro de un moisés. El vaivén del mar y el ruido de la selva la arrullan y ella

intuye la inmensidad allá afuera. Pasa los dedos despacio por la fría hoja del machete. Si vienen se fingirá dormida hasta que estén encima y entonces ¡chas!, el machetazo». (p. 73)

«No están los cangrejos que se apartan ni los pajaritos que brincan en las ramas. No es la hora de las lechuzas, las víboras, los grillos y las ranas. No hay sonidos raros ni sombras sospechosas. Los árboles y el resto del entramado, bajo la claridad del cielo, parecen de fantasía.

Recuerda lo que pensó en la quebrada: que ella no puede distinguir en la maraña lo que desea ocultarse. Hay unos ojos en la selva, los siente, unos ojos que la espían sin que ella pueda verlos». (p. 127-128)

«Se ve a sí misma desde afuera, una mujer en calzón y brasier que se pasa las manos por el cuerpo como en las películas de terror, provocando el deseo, justo antes de que vengan a matarla.

Los ojos podrían ser de otra persona, se dice, o de una bestia o una fuerza, de los espíritus de la selva, del duende que la sabe sola y ha venido por ella y por su secreto. ¿Cuál es su secreto?, se pregunta». (p. 155)

«El mar esta inmóvil y el sol en lo alto. El bochorno la ofusca. La selva le oculta las amenazas y la rodea igual que si se estuviera estrechando y la quisiera aprisionar. La vibración en sus oídos no para. Siente la cabeza a punto de reventar y su voz interior de borracha aguardientera le susurra, rasposa y perversa, que si hay una tarántula en el cuarto.

De pronto los ruidos aislados cesan y todo se queda fijo. Ella no sabe qué le produce más desconfianza, si el silencio o la quietud, hasta que por el trapichero vuelven a oírse los chasquidos y las ve: Amparo y Colombina picoteando y raspando con las patas.

Eran ellas, se sosiega, sus gallinas.

Recuerda que los cuchillos, y también los machetes, están arriba, en el altillo, donde ella misma los dejó». (p. 156)

«La selva permanece muda por un segundo eterno. En medio de ese silencio espeluznante ella cree escuchar el ruñir del comején dentro de los maderos de la casa. No alcanza a decidir si es cierto, esta nada más en su cabeza o es otra cosa porque, de afuera, con una claridad atroz, le llega un crac como de palo seco que se quiebra. Enseguida, unos pasos veloces sobre la hojarasca, tap, tap, tap, unos pasos como de viejo raquíptico hecho de ramas caídas.

Aterrada, aprieta los ojos, los dientes y los puños.

La selva se enciende escandalosa, detrás se percibe el pausado y tranquilizador sonido del mar y Rosa, para evitar la realidad, se deja caer en el precipicio del sueño». (p. 179)

LA NOCHE MÁS NEGRA

«Escampó la víspera del viaje antes de que amaneciera. A Rosa la despertó el silencio, extraño y frígido. Salió a mirar que pasaba. Nunca había visto una madrugada tan negra y quieta, con la selva, las islas y el mar casi confundidos con la

oscuridad. El mundo le pareció aterrador, como tomado por fuerzas ocultas». (p. 18)

«Ella se mantiene con el machete en firme, viendo el centelleo de la linterna de él hacerse cada vez más tenue a medida que se aleja hasta que se extingue, supone, en el camino de más allá de las escaleras y queda sola ante la noche sin selva, islas ni mar, sola y diminuta en la eterna noche negra». (p. 175)

VIOLENCIA Y PODER

«Se la vio con enemigos crueles. Los rizomas del helecho, aferrados a la tierra, que debía arrancar a mano limpia mientras las unas se le llenaban de tierra y se le quebraban. Los tallos inflexibles que tras el golpe del machete quedaban como una botella despica y la cortaban. La cortadera, una hierba alta que se le posaba en los brazos sin que lo advirtiera y de la que era imposible zafarse sin hacerse daño: unas raspaduras largas y profundas que ardían con fiereza. Las palmas espinosas que regaban por el suelo sus hojas con las púas erectas y que al ella pisarlas le perforaban las botas y le herían las plantas de los pies.

Sentía que era la selva tratando de detener su avance, la selva protegiendo su secreto». (p. 107)

«Rosa quisiera hacer la salvedad de que su violencia es como la de los niños mas no igual. Porque ella la ejerció contra unos insectos y así es menos grave. Porque el comején estaba poniendo su casa

en riesgo y entonces su violencia se justifica. Quisiera, pero no hace la salvedad porque en realidad no comprende bajo que escala una forma de vida vale más que otra, ni por qué ella y su casa tienen prelación sobre la vida y las casas de los otros animales.

Su violencia es violencia como la de los niños. Sin matices. Violencia como la de su abuela. Violencia como la del aguacero que castiga a la tierra y suena como una volqueta descargando piedras». (p. 142)

«Su violencia es la misma de los niños. Si mata al comején es porque puede. Es la violencia del más fuerte. La violencia que los hombres ejercen sobre ella. Como no puede contra ellos, porque es más débil, dirige su violencia contra otros aún más débiles». (p. 153)

EL DESAMPARO

«Resignada, con el dolor impreso en la cara y la mano, va al balcón por su café. La lluvia cae recta y pareja como bajo estrictas medidas de control en una fábrica. Las islas flotan en el mar, que está todo blanco y no tiene contornos. El mundo

visible, encajonado por la bruma, parece chiquito, mientras que la bruma resulta eterna.

Es un paisaje como esta ella, piensa, olvidada de Dios, una persona que no ha proferido más que un grito desde que se levantó porque no tiene con quien hablar». (p. 197)

«De pronto, estremecida, se ve en la selva. En un destello, el terreno desde el aire como cuando lo sobrevolaron con el antiguo dueño.

Tres hombres contra ella en esa vasta llanura de selva. Detrás del calor de su cara, del calor de la rabia, encuentra el frío. Tres hombres contra ella en la noche negra. Tiene el frío adentro. Tres hombres contra ella en una casa sin puertas. Enterrado en lo profundo, en el boquete de su dolor, ahí está el hielo de la soledad». (p. 227)

«Sale del cuarto con los bidones, uno en cada mano. Afuera no se ve nada. Ni el cielo ni las islas ni el mar ni la selva. Solo hay tinieblas. Así que esta es la noche más oscura, se dice. Una sima donde solo existe ella. La soledad verdadera. Ella con el boquete de su dolor inmenso». (pp. 254-255)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Noche negra* está protagonizada por una mujer que decide dejar su vida en la ciudad para irse a la selva, junto a un poblado de pescadores en la costa del Pacífico. ¿Cuáles son los motivos que la llevan a tomar esta decisión? ¿Diríais que la elección de Rosa podría definirse como la voluntad de un regreso a la naturaleza y lo primitivo? ¿O, a medida que se va desarrollando la historia, asoman otras razones que la conducen a hacer un cambio de vida radical?
2. Cada vez que Rosa sube por el acantilado o regresa de la quebrada, se maravilla ante la visión del terreno que ha comprado. ¿Qué significa para ella poseer esa parcela? ¿Y construir allí una cabaña? ¿Se trata, realmente, de un sueño compartido con Gene o él, en cierta forma, facilita que el sueño se materialice?
3. La primera noche que pasan juntos, Rosa y Gene hablan del sueño de vivir en una cabaña aislada. Descubren, entonces, que se complementan: ella tiene algo de dinero y la posibilidad de dejar su trabajo y continuar obteniendo una renta, y él tiene experiencia en la construcción. ¿Cómo es la relación que entablan? ¿Amor y necesidad mutua se confunden? ¿Por qué en Rosa se instala una sospecha cuando Gene se marcha? ¿Está en lo cierto cuando piensa que su relación ha cambiado?
4. La inexperiencia con las condiciones climáticas del lugar lleva a la pareja a cometer algunos errores durante la construcción de la cabaña, como la pérdida del techo de tejas cuando sopla un vendaval. Una vez reparado el techo, las lluvias les impiden colocar las puertas y ventanas. ¿Cuál es el simbolismo de esta casa que, sin puertas ni ventanas, no llega a ser refugio? El proceso de construcción, ¿nos dice algo, a nivel simbólico, respecto a la pareja?

5. Cuando el antiguo propietario de la finca acepta vender la propiedad por la suma que le ofrecen Gene y Rosa, a ella la invade una sensación de irrealidad. Tiempo después, instalada en la cabaña, tiene la impresión de que su casa es de mentira y siente que el monte ha sido tomado por fuerzas ocultas. Desde la perspectiva de Rosa, ¿la realidad es una frágil construcción? ¿Por qué? ¿Cómo se articula el límite entre lo real y lo subjetivo en la novela?
6. A punto de quedarse sola en la cabaña, Rosa siente una punzada de miedo, como si hubiera fuerzas ocultas observándola desde el interior de la selva. *Noche negra* se aproxima al horror y tiene ingredientes propios de la narrativa gótica, pero no hay en ella nada del orden de lo sobrenatural o lo fantástico. ¿Cuál es el lugar de lo monstruoso en la novela? ¿A través de qué figuras está representado?
7. Rosa está sola en una cabaña a medio construir, rodeada por una naturaleza indómita. Sus únicos vecinos son tres hombres que empiezan a comportarse de manera amenazante cuando Gene se va. Alerta, Rosa toma algunas medidas para sentirse segura, pero el miedo se va apoderando de ella, jugándole algunas malas pasadas. ¿Cuál es el rol del miedo en la novela? ¿Cuáles son sus mecanismos? ¿Y sus orígenes? ¿Existe un límite claro entre el temor fundado y el pensamiento paranoico?
8. Viendo a Rosa sola, sus vecinos empiezan a merodear por su terreno como criaturas al acecho que la violentan con sus comentarios, sus gestos y su actitud invasiva. ¿Qué representan personajes como el ingeniero, Rodrigo, don Israel y Nato? Estas figuras masculinas, ¿tienen algo en común con los hombres que forman parte del pasado de Rosa? La masculinidad en la novela, ¿a qué emociones y comportamientos está ligada? Y lo femenino, ¿cómo está representado?
9. De la sospecha indefinida que asalta a Rosa en el muelle cuando despide a Gene, al miedo y la ferocidad que siente el miércoles de luna nueva, ¿cuál es la evolución de la protagonista? El miedo y la soledad ¿adónde la conducen?

10. Para sobrevivir en la selva y cuidar aquello que construye, Rosa debe aprender a desbrozar el monte, proteger a sus gallinas y defenderse de las alimañas. Pero, aunque lleva siempre un machete, no se ve capaz de matar a una serpiente o a un murciélago que pende de una rama junto al gallinero. Sin embargo, hacia el final, cuando una tarántula se cuelga en su habitación, Rosa la extermina con kerosene. ¿Por qué lo hace? ¿Qué cambia en ella para actuar así? ¿Cuál es la reflexión que abre la novela acerca de la violencia y quienes la ejercen? ¿Víctimas y agresores son figuras, en cierta medida, intercambiables?

11. Mientras construyen la cabaña, Rosa se dedica a limpiar el cerco vegetal para que desde su terreno se pueda ver el mar. Cuando lo está haciendo, siente que, para frenar su avance, la vegetación se defiende con sus armas: astillas, hojas filosas y pinches. Ella no deja de ser una invasora que, como el comején, intenta colonizar un territorio disputado por otros seres. ¿Cómo está retratada la convivencia entre especies en la novela? ¿Hay armonía? ¿O es una convivencia signada por la lucha por la supervivencia? ¿Y qué nos dice la obra acerca de la colonización?

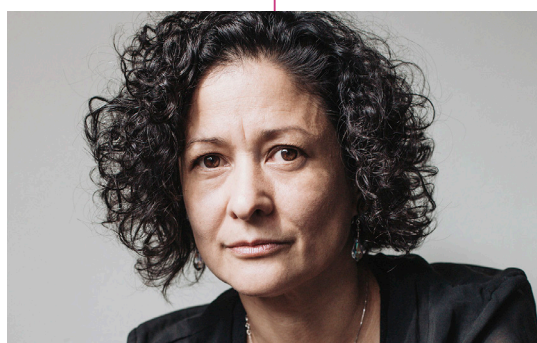
12. A lo largo de la novela, Rosa tiene una serie de visiones: algunas son fruto de la imaginación o la especulación, y otras surgen de la memoria. ¿Cuál es la importancia de la memoria en la novela? ¿Qué relación tienen los recuerdos de infancia y juventud con el presente? ¿Hay en el pasado alguna clave que ayude a comprender por qué Rosa se aferra a la vida en la selva?

13. Rosa crece junto a su abuela y su madre, una mujer que tiene durante años una relación clandestina con un hombre casado, el padre de su hija. ¿Cómo pesa en Rosa esta historia? ¿Cómo se introducen en la novela conceptos como la bastardía y el mestizaje? ¿Y cuál es el papel de la abuela en la obra?

14. La abuela de Rosa termina perdiendo la memoria y la razón a causa de la demencia senil. Tiempo después, la madre comienza a mostrar los primeros signos de deterioro cognitivo. La demencia, ¿es un fantasma que persigue a Rosa hasta la selva? ¿Cómo convive ella con este legado?

15. A través de las ventanas al pasado, se va reconstruyendo tanto la historia familiar como la relación con Fermín, un amor doloroso que marca a Rosa. ¿Cómo es esta relación? ¿Y cuál es la huella que deja en Rosa? ¿Cómo influye en sus decisiones adultas? ¿Y en sus miedos?
16. Cuando Rosa y Gene compran el lote no como inversión, sino para construir una cabaña y llevar una vida simple, el antiguo dueño, sorprendido, les cuenta la historia de un pescador que pescaba solo lo que necesitaba para comer. ¿Cuál es el significado que adquiere este cuento en el marco de la novela? La vida simple que Rosa anhela, ¿es una utopía o es un sueño que logra hacerse realidad en la selva? ¿Diríais que Rosa encuentra una forma de vida liberadora o se ve atrapada en el compromiso con un sueño, en parte, inalcanzable?
17. En *Noche negra*, la naturaleza no se idealiza. Por el contrario, está retratada como un personaje más, maravilloso y, a la vez, terrible. Los sonidos, los colores y la textura de la atmósfera de la selva colombiana forman parte de una novela donde este hábitat adquiere, a la vez, una dimensión simbólica. ¿Qué representa la selva en la novela? ¿Y qué simbolizan el mar y la noche cerrada?
18. La novela transcurre durante cuatro días en los que, mientras Rosa espera noticias de Gene, la inquietud da paso al miedo desbocado, y la tensión va en aumento sin que la acción desemboque en un desenlace cerrado. ¿Cómo imagináis que puede continuar la historia? ¿Hasta qué punto son fiables los temores de Rosa?

LA AUTORA



© Manuela Uribe

PILAR QUINTANA (Cali, Colombia, 1972) es autora de seis novelas y un libro de cuentos, *Caperucita se come al lobo*. *Coleccionistas de polvos raros* recibió en España el Premio de Novela La Mar de Letras. *La perra*, traducida a más de veinte lenguas, estuvo en la lista larga del Dublin Literary Award, fue finalista del Premio Nacional de Novela y del National Book Award en Estados Unidos y ganó el Pre-

mio Biblioteca de Narrativa Colombiana, un English PEN Translates Award y el LiBeraturpreis en Alemania. *Los abismos*, también traducida a múltiples idiomas y finalista del National Book Award, se llevó en 2021 el Premio Alfaguara de novela. Es la editora de la Biblioteca de Escritoras Colombianas, un proyecto del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes para rescatar y promover.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LOS ABISMOS*

«Pilar Quintana está acostumbrada a enfrentarse a sus abismos. No le dan miedo los precipicios. Mira al vacío y sonrío, consciente de que ha ganado, de que lo logró cuando dijo basta, al articular un quiero y postular un puedo».

Miguel Ángel Santamarina, *Zenda*

«¿A qué abismos se asoma una niña todavía atónita ante los misterios de la familia y del mundo? Su piso es una selva, su hogar un supermercado, su país unas montañas cubiertas de niebla que oculta precipicios. Así el lector se abisma en los abismos de Pilar Quintana».

Héctor Abad Faciolince

«Con una voz poderosa e inquietante, Pilar Quintana explora los miedos de la infancia junto a las fragilidades y violencias de los adultos. Entre la lucidez, la inocencia, el suspense y los laberintos del deseo, traza un mapa inolvidable del desgarrador camino hacia la libertad».

Irene Vallejo

«Quintana firma una novela sobre mujeres condenadas a vidas incumplidas que esquivo la simpleza confiriendo opacidad a su protagonista [y] apuesta por un tono amable, casi naïf, que no obstante arrincona y carga de dolor la mirada de la narradora».

Carlos Pardo, *Babelia*

«Aquí valen todas las definiciones de abismo. Porque la escritora habla de esa profundidad grande, imponente y peligrosa, esa realidad inmaterial inmensa e insondable que puede ser un precipicio. Ese infierno que también puede suponer ser madre».

Lula Gómez, *Público*

«Cómo resumir todo lo que me fascinó de Pilar Quintana. El brutal lirismo. Su caminar contra lo esperado. Esa tensión afiladísima, poética y nada complaciente».

Sara Mesa

SOBRE *LA PERRA*

«De este libro se sale distinto. Hay aquí una mirada sobre la maternidad, la crueldad y lo inexorable de la naturaleza —en el paisaje selvático, tan hermoso como brutal de la costa colombiana— que resulta inolvidable».

Mariana Enriquez

«Un libro muy sensual que se mete debajo de la piel. Una exploración sobrecogedora del deseo maternal en los hermosos paisajes de Colombia».

Leila Slimani

«Quintana hace maravillas con su prosa desilusionada, sobria, poderosa».

Juan Gabriel Vásquez

«Una voz poderosa e inquietante».

Irene Vallejo

«Tiene potencia literaria, pulso firme y serenidad para narrar la pasión, deseo y locura humanas».

Fernanda Melchor

«Un texto poderoso sobre una mujer en rebelión que no se entrega del todo al sufrimiento».

Ariane Singer, *Le Monde*

«En tres palabras: singular, asfixiante, inquietante».

Läetitia Favro, *Lire*

